



ELIZABETH BADINTER

El infante de Parma

Traducción de Maite Serpa, Marbot Ediciones, Barcelona, 2009, 142 pp. ISBN 978-84-92728-00-8 (L'infant de Parme, Librairie Arthème Fayard, 2008)

El infante de Parma es la historia de la educación de un príncipe en la época de la

Ilustración: Felipe de Parma

nombró en 1757 a Auguste de Keralio subpreceptor de su hijo Fernando, que entonces contaba con seis años. Durante los doce años siguientes, Keralio y otros educadores, entre los cuales se contaría Condillac, trataron de convertir al infante de Parma en un príncipe ilustrado. *El infante de Parma* es, en realidad, la historia del fracaso de esa educación: lejos de ser un gobernante que actuara de acuerdo con los postulados de los *philosophes*, Fernando se sometió, y sometió a su ducado, al dictado de la Iglesia católica. Lo que para Keralio y Condillac hubo de ser una derrota en toda regla, para el propio Fernando fue una liberación. “En Parma —escribe Badinter— cada cual se considera un pedagogo” y podría encontrar un motivo que explicara por qué uno de los experimentos educativos más prometedores de la época moderna no había dado el resultado apetecido. Parafraseando la *Lógica* de Condillac, podríamos decir que todos, en este drama palaciego que trasciende las fronteras de un pequeño Estado para transformarse en una farsa de la modernidad, han educado antes de averiguar cómo se educa (*ils ont pensé avant de chercher comment on pense*).

El infante de Parma podría ser el

reverso de *L'enfant sauvage*, otra historia de la educación en los tiempos de la Ilustración, en la que el doctor Jean Itard haría las veces de Keralio/Condillac y el pequeño Víctor de Aveyron las de Fernando: en ambos casos, una educación escrupulosa, probablemente demasiado estricta y carente de afecto es incapaz de suplir las inclinaciones más profundas de un ser humano o de sustituir los hábitos más arraigados; de hecho, puede acentuarlos y encubrirlos mediante una serie de conductas simuladas que arruinan por completo las aspiraciones morales y la misma apariencia de humanidad. Es muy difícil, al leer estas páginas, sustraerse a la impresión de las imágenes documentales de Truffaut, que se superponen a los dorados parmesanos y crean, con su blanco y negro, un contraste muy sugerente con la prosa de Badinter. En el trasfondo de Fernando y de Víctor encontramos a un mismo inspirador o, al menos, a quien encarna la tensión característica de una época dividida por el contrato social y la vuelta a la naturaleza.

¿Cuál ha sido la intención de Badinter al contar esta historia, que se lee por momentos como si fuera una novela dieciochesca? (Podemos pensar que la cuestión del género en la que Badinter es una especialista no es ajena a la peculiar atmósfera con la que recrea su narración y que, como educadora ella misma, se opone decididamente al personaje interpretado hieráticamente por Truffaut.) Por una parte, sin duda, su intención ha sido la de reducir el alcance de la promesa ilustrada, que no podía cumplirse con Fernando más de lo que podía cumplirse con Víctor. El déspota ilustrado no está más cerca de sus semejantes que el pequeño salvaje que ha sobrevivido en soledad. Por otra, Badinter ha querido rescatar del prejuicio a su propio objeto de estudio: “El príncipe que tanto amó las *prácticas insignificantes* de la devoción y que se sometió a las supersticiones más irrisorias fue asimismo uno de los soberanos más ilustrados de Europa”. Con una u otra intención, Badinter ha escrito un libro que nos obliga a pensar cómo hay que educar antes de hacerlo.

Antonio Lastra